

Falsarios¹

Por: Gino Luque Bedregal



¹ Texto escrito con una de las ayudas del Fondo Iberescena a la creación dramática concedida en la convocatoria 2009/2010.

Dramatis personae

Carlo

Ana

Tigre

Silvia

Emilio

Voz en off

Niños

Policías

Escena 1

La escena transcurre en un bar sumamente oscuro. La tenue iluminación del lugar casi únicamente consiste en las luces que despide una gramola situada en algún rincón del salón o en los destellos intermitentes producidos por los neones del letrero exterior del local. Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda de madera con dos sillas. Sentados en ellas, están CARLO y ANA, quienes, con más empeño que éxito, intentan disimular su nerviosismo.

Silencio.

Súbitamente, ANA saca una cajetilla de cigarrillos de uno de los bolsillos de su pantalón y enciende uno con un fósforo.

CARLO: ¿Vas a fumar? Tú no fumas.

ANA: Se ve bien.

Pausa. Se miran fijamente.

ANA: ¿Qué pretendes?

CARLO: Nada. ¿Y tú?

ANA: Ordena algo por lo menos.

Breve pausa. Se miran fijamente. CARLO se levanta de la mesa lentamente. Se va hacia el fondo del escenario, donde no hay iluminación alguna y donde supuestamente debería encontrarse la barra del local. Tras unos instantes, regresa con una botella mediana de cerveza negra, una botella pequeña de agua y un vaso. Coloca la botella de agua y el vaso delante de ANA. La otra botella la pone en el lugar donde él estaba sentado. Cuando está a punto de sentarse, se detiene; hace el gesto de que se dispone a decir algo, pero tampoco lo hace; y, finalmente, se vuelve a marchar hacia la barra. Al poco rato, regresa a la mesa con una porción de pastel de queso recubierta con una capa de gelatina de color

verde fosforescente. Se sienta en su silla y, sin prestar la menor atención a ANA, empieza a comer. ANA, por su parte, lo mira fijamente. Transcurrido no poco tiempo, CARLO se percata de la mirada de ANA; deja de comer; la mira un momento; y, luego, despacio, le acerca el plato con la cucharita. ANA no deja de mirarlo fijamente.

CARLO: No tenían de arándanos.

ANA: No se bebe agua en un sitio como este.

CARLO: No sabía qué pedir para ti. Tienes cara de histérica, así que pensé que estabas con dolor de cabeza y que no te convenía beber alcohol.

ANA: Demasiadas suposiciones.

CARLO: Y el vino tiene demasiadas calorías... Excede las que te permite tu dieta.

ANA: ¿No se te habrá ocurrido también, por casualidad, pedir ese estúpido cóctel de cerveza negra con champagne?

CARLO: ¿Puedes creerlo? Realmente, no tienen nada en este bar. Me sorprende que siquiera hayan tenido una cerveza negra.

ANA: ¿Qué te has propuesto? ¿No prefieres dejar una fotografía con tus datos personales detrás para que te puedan contactar cuando...?

CARLO: Puedo preguntar si tienen una cerveza sin alcohol para ti. No te garantizo nada, sin embargo.

Se miran fijamente. ANA se bebe toda la botella de agua rápidamente.

CARLO: Eso no se ve bien.

Pausa. CARLO bebe de la botella de cerveza negra con sorbos cortos. Luego de unos tres, se bebe todo el contenido de la botella de golpe, incluso derramando parte del líquido por su rostro. Después, empieza a comer el pastel de queso con una voracidad incontenible. Se introduce cada vez más bocados de pastel, sin siquiera terminar de masticar ni

tragar los anteriores. Su boca está a punto de estallar. De hecho, corre el riesgo de atragantarse con la comida. Sorprendentemente, sin embargo, logra tragar todo lo que tiene en la boca sin morir en el intento. Luego, con excesiva vehemencia, coge la cajetilla de cigarrillos que está sobre la mesa e intenta encender uno con un fósforo. Tras quebrar unos tres o quizá más palitos, logra encender el cigarrillo.

ANA: ¿Y ahora qué haces?

CARLO: Fumo.

ANA apaga el cigarrillo que venía fumando.

CARLO: ¿Qué pasa? ¿No se veía bien?

ANA: Finge bien.

CARLO se queda desconcertado un momento. Luego, coge la botella vacía, la empina e intenta seguir bebiendo.

ANA: ¿Qué haces? Finge bien, imbécil. Ya no hay nada en esa botella. Y si ya empezaste, no pares de fumar.

CARLO: No grites. No pensarás armar una escena aquí, ¿verdad?

ANA: Solo piensas en ti.

CARLO: ¿Y tú?

ANA: Es que eres incapaz de...

CARLO: No puedo.

ANA: ... ser coherente.

CARLO: Ya no puedo continuar. No así. No puedo hacerlo.

ANA: Siempre eliges el camino fácil. Así no resolverás nada, quejica.

CARLO: Somos un desastre. Asúmelo. Ya no tenemos qué beber, no sabemos si fumar o no, quizá hemos sido envenenados con un pastel verde fosforescente... Es imposible que pasemos desapercibidos. Y nos deben de haber seguido. Nos van a...

ANA: Nadie nos va a masacrar.

CARLO: ¿Masacrar?

ANA: Atrapar. Nadie nos va a atrapar. Nadie nos ha seguido. Solo actúa de manera natural y cotidiana.

CARLO: No es fácil cuando estás todo manchado de sangre.

En ese instante, se encienden todas las luces del escenario con suma intensidad y potencia. Vemos que el bar está lleno de mesas vacías, y que tanto CARLO como ANA tienen toda la ropa, así como la cara y las manos, cubierta de sangre. Breve apagón.

Escena 2

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas. Al medio del escenario, una banca larga sin respaldar. Sentado sobre ella, TIGRE, con un disfraz de tigre al estilo de los usados en las fiestas infantiles o en los parques temáticos de atracciones. Hay algo ligeramente perturbador en esta suerte de personaje de dibujo animado en escala real: quizá su tamaño desproporcionadamente grande, quizá la excesiva amplitud de la sonrisa estática de su rostro ficticio, o quizá la actitud física de tristeza y cansancio del hombre que se oculta tras aquella máscara.

Silencio.

VOZ EN OFF: Tigre, a escena.

TIGRE permanece inmóvil, en la misma actitud, por unos instantes. Respira profundamente. Luego, se levanta pesadamente. Se da ánimos de forma sutil sin pronunciar palabra alguna. Sale de escena por el lado desde el cual provino la voz que lo llamó. Breve apagón.

Escena 3

La escena ocurre en un bosque o en un desierto. Al medio del escenario, CARLO y ANA rodeados por un grupo numeroso de policías furiosos. CARLO, visiblemente maltratado, con no pocas heridas, cicatrices, moretones y vendajes mal realizados, tiene a ANA, que se encuentra en igual estado de deterioro físico pero casi inconsciente, cargada sobre el hombro, casi como si fuera un peso muerto. Ambos portan sendas armas blancas y de fuego en las cartucheras que llevan en el tórax, la cintura y las piernas. CARLO, además, empuña desafiante una pistola semiautomática. Gira sobre su eje como buscando una salida a su encierro sin dejar de apuntar a sus cazadores. Los policías, con trajes de operaciones especiales y fusiles de asalto, se ven intimidantes, brutales y dispuestos a masacrarlos al menor movimiento. La imagen, en su conjunto, es salvaje.

ANA: ¿Moriremos?

CARLO: Tal vez otro día. Hoy seguro que no.

Breve apagón.

Escena 4

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas, el cual recuerda al de la escena 2. Al medio del escenario, una banca larga sin respaldar. Sentado sobre ella, TIGRE, sin disfraz alguno. Hay algo ligeramente perturbador en él: quizá su tamaño desproporcionadamente grande, quizá la expresión ambigua de su rostro, o quizá su actitud de tristeza y cansancio.

Silencio.

VOZ EN OFF: Tigre, a escena.

TIGRE permanece inmóvil, en la misma actitud, por unos instantes. Respira profundamente. Luego, se levanta pesadamente. Se da ánimos de forma sutil sin pronunciar palabra alguna. Sale de escena por el lado desde el cual provino la voz que lo llamó. Breve apagón.

Escena 5

La escena transcurre en un coche, al interior del cual se encuentran CARLO y ANA. CARLO conduce a toda velocidad y con absoluta, si no radical y casi deliberada, imprudencia. ANA está sentada en el asiento del copiloto. Ambos portan armas enfundadas en cartucheras que llevan en los flancos del tórax.

ANA: *(Imitando a CARLO)* Olvidé revisar el asiento trasero. *(Pausa)*
Olvidé revisar el asiento trasero. *(Silencio)* Imbécil, olvidaste
revisar el asiento trasero. *(CARLO la mira de reojo. Pausa)*
Perderá el ojo.

CARLO frena en seco.

ANA: ¿Puedes no parar en todos los semáforos?

CARLO: *(Arrancando violentamente)* Me olvido.

ANA: Pon de tu parte, ¿quieres?

Silencio.

CARLO: ¿Escuchaste el disco que te grabé?

ANA: ¿En qué momento?

CARLO: El tercer tema...

ANA: ¿En qué momento?

Silencio.

CARLO: ¿Perderá el ojo o es un decir?

ANA: Llevas a una persona amordazada en el maletero. ¿Es un decir? Atropellaste a un grupo de ancianos intencionalmente. ¿Es un decir? Tenemos que llenar este coche de amonitol antes de que anochezca. ¿Es un decir?

CARLO: Me fascinan tus pies. ¿Es un decir?

CARLO gira bruscamente el volante.

ANA: ¿Eres idiota? ¿Podrías tomar esto en serio?

Pausa.

CARLO: No he encontrado el momento adecuado.

ANA busca algo en una mochila. Le hace una seña a CARLO con el dedo para que mire al frente y no se distraiga.

ANA: Lo perdí. *(Continúa buscando en la mochila. En su búsqueda, va sacando cosas del interior de esta, las cuales coloca sobre el tablero del vehículo o lanza al asiento de atrás: un teléfono móvil, unas balas de escopeta, un rollo de cinta adhesiva. Continúa buscando cosas en la mochila. Saca un carné de identidad y se lo muestra a CARLO)* ¿Qué hacemos con esto?

CARLO: Ya no nos servirán. Nos pondremos nombres falsos.

ANA: ¿Nombres falsos?

CARLO: Rosencratz y Guildenstern. Yo puedo ser Rosencratz y tú, Guidelinstern.

ANA: Carlo.

CARLO: Rosencratz.

ANA: Guildenstern.
CARLO: Yo soy Rosencratz; tú eres Guidelinstern.
ANA: Carlo.
CARLO: Rosencratz.
ANA: Rosencratz.
CARLO: ¿O Guildenstern? Podemos cambiar de nombres, si prefieres.

CARLO hace una mala maniobra y frena en seco. No apaga el motor. Mira fijamente hacia el frente sin soltar el volante; ANA lo mira a él. Se escucha la respiración agitada de ambos.

Silencio.

CARLO: Llegamos.

Silencio.

ANA: Ven conmigo.

Se miran fijamente. Solo se escucha el ruido del motor, que CARLO no apaga, y el sonido de la respiración de ambos. Silencio. CARLO se acerca a ANA y, torpemente, le besa el ojo. Breve apagón.

Escena 6

Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda. Sobre ella, un teléfono fijo y una máquina contestadora. El teléfono empieza a timbrar. Suena unas siete u ocho veces, tras lo cual se activa la máquina contestadora.

VOZ DE SILVIA: Hola. Has llamado a casa de Silvia...

VOZ DE EMILIO: ... y Emilio.

VOZ DE AMBOS: En este momento, no podemos contestarte.
VOZ DE SILVIA: Por favor, después de la señal, deja tu mensaje, tu nombre y un número de teléfono en el que podamos contactarte, y, tan pronto como nos sea posible...
VOZ DE EMILIO: ... te devolveremos la llamada.
VOZ DE AMBOS: Gracias. Hasta pronto.

Suena la señal auditiva del contestador. Silencio.

VOZ DE TIGRE: No lo conseguí. Nuevamente, no logré llegar a tiempo a recogerlo del colegio. Soy consciente del daño que le ocasionan situaciones como esta, y del miedo que siente cuando ocurren cosas así, y no quería que volviera a pasar por algo semejante, pero es por el trabajo. Terminó exhausto. Ahora que ocupó este nuevo cargo tengo más responsabilidades, y eso, además de la carga adicional de faena, me agota emocionalmente. Es bastante duro. Supongo que es parte del costo de adaptación, y con esto no pretendo justificarme, y sé lo que pensarás cuando escuches este mensaje, pero esta vez fue distinto. Créeme. Totalmente distinto. Ordené mi agenda para acabar todos mis compromisos temprano y llegar, así, mucho antes de la hora de...

Suena un pitido y la llamada se corta. Casi al instante, vuelve a sonar el teléfono. Timbra unas siete u ocho veces, tras lo cual se activa el contestador.

VOZ DE SILVIA: Hola. Has llamado a casa de Silvia...
VOZ DE EMILIO: ... y Emilio.
VOZ DE AMBOS: En este momento, no podemos contestarte.

VOZ DE SILVIA: Por favor, después de la señal, deja tu mensaje, tu nombre y un número de teléfono en el que podamos contactarte, y, tan pronto como nos sea posible...

VOZ DE EMILIO: ... te devolveremos la llamada.

VOZ DE AMBOS: Gracias. Hasta pronto.

Suena la señal auditiva del contestador.

VOZ DE TIGRE: Se cortó. Seré más breve. Te decía que ordené todo en el trabajo para terminar más temprano y llegar mucho antes de la hora de salida del colegio. Y lo hice. Llegué con suma anticipación. Pero... El cansancio... El nuevo trabajo me deja destrozado. Me quedé dormido en el coche mientras esperaba que fuera la hora de salida. No sé cuánto tiempo pasó. De pronto, me desperté y el estacionamiento estaba prácticamente vacío. En ese momento, solo pensé en su rostro de ira y rencor. En su miedo. No podía ser cierto. No podía estar ocurriendo esto. Yo no quería lastimarlo. No otra vez. Salí a toda velocidad del coche y fui tan rápido como pude a su salón de clase. Ya no estaba ahí. No había nadie. Se lo habían vuelto a llevar al aula especial, con los "olvidados". Llegué ahí. Lo vi sentado sobre su lonchera azul eléctrico. Estaba llorando en silencio. Buscaba con su mirada mi rostro en la puerta. Me esperaba. No tuve ni siquiera que hacerle una seña con la mano para que me distinguiera a lo lejos. Ni siquiera tuve tiempo de llamarlo por su nombre o entrar al salón. Me vio. O, mejor dicho, presintió mi presencia en la puerta. Se secó como pudo las lágrimas, se puso de pie y vino hacia mí. Le cogí la mochila, que le llega casi hasta el suelo, y la lonchera azul eléctrico. Le hablé; le hice

conversación; le intenté explicar; le pregunté por su día; le pregunté qué había jugado en el recreo; le hice bromas sobre sus amiguitos; le pregunté si quería que le comprara un donut o si quería subirse al caballo en los juegos mecánicos que hay afuera del supermercado. Nada. Todo el camino hacia el auto fue tomado fuertemente de mi mano en absoluto silencio, con aquella expresión mezcla de ira, resentimiento e indiferencia... pero que, en el fondo, no es sino miedo. En el coche, se sentó y se giró hacia la ventana... para no hablarme nunca más.

Súbitamente, interrumpiendo el mensaje de TIGRE, en segundo plano, se escucha la VOZ EN OFF.

VOZ EN OFF: Tigre, a escena.

VOZ DE TIGRE: *(Pausa)* Debo colgar. *(Pausa)* Adiós, Silvia.

TIGRE corta la llamada. Se escucha el sonido del tono de línea comunicando por un tiempo. Breve apagón.

Escena 7

La escena sucede en una habitación de hotel de carretera barato. En escena, como mobiliario, una cama, un sillón, una mesa de madera, una silla y un televisor. CARLO está tendido en la cama cambiando canales con el mando a distancia. ANA camina de un lado a otro por la habitación con visible intranquilidad. Ambos portan cartucheras con pistolas en el tórax.

CARLO: ¿A que no sabes lo que me ocurrió cuando estaba pagando por la reserva de la habitación? *(Silencio)* ¿A que no sabes lo que me ocurrió cuando estaba pagando por la reserva de la

habitación? (*Silencio*) Bueno, ya que preguntas... En el televisor de la recepción, estaban dando un reportaje sobre niños que van a playas nudistas.

ANA: Creo que, en cualquier momento, necesitaré ir al baño.

CARLO: En realidad, para ser exactos, el documental no es sobre niños que frecuentan playas nudistas. Dificilmente, a esa edad tan temprana, se ha desarrollado un sentido de exhibicionismo voluntario y consciente. En realidad, creo que a esa edad aún no se tiene ni consciencia ni fuerza de voluntad.

ANA: Carlo, he dicho que creo que, en cualquier momento, tendré que ir al baño.

CARLO: Y yo alguna vez, casualmente, hace un buen tiempo, cambiando canales en alguna madrugada infinita, ya me había topado con ese mismo documental, solo que en un canal de cable. Creo que estaba doblado al checo o al finés. Sin embargo, a pesar de que estaba bastante empezado ya, logré entender que trataba sobre las diferencias en el desarrollo psicológico posterior entre los niños que iban a playas nudistas, cuando niños claro está, y los que iban a playas normales.

ANA: Carlo...

CARLO: Ya sé que los nudistas o los bañistas con ropa, los “textiles” como se refieren a ellos los nudistas, no convierten a una playa en normal o anormal. Finalmente, la playa, en tanto accidente geográfico, sigue siendo la misma haya en ella gente con o sin ropa. En realidad, en sentido estricto, en tanto accidente geográfico, permanece inmutable haya o no haya gente en ella. El caso es que, desde aquella ocasión, cada vez que enciendo la televisión, hago un recorrido rápido por todos los canales para ver si encuentro otra vez la retransmisión del documental aquel. Y ahora aquí

tampoco lo encuentro. No puedo entenderlo. Pero si lo estaban dando cuando estaba en la recepción...

ANA: ¡Rosencratz!

CARLO: ¿Si? *(Breve pausa)* Pero, disculpa, ¿no habíamos acordado que yo sería Guildenstern? Si no respetamos los acuerdos previamente establecidos, caeremos en contradicciones más adelante. Terminaremos incriminándonos con nuestras propias palabras incomprensibles.

ANA: Rosencratz o Guildenstern me da lo mismo.

CARLO: No te puede dar lo mismo, porque no es lo mismo.

ANA: Está bien. Rosencratz.

CARLO: ¿Guildenstern?

ANA: No. Rosencratz.

CARLO: ¿Rosencratz tú o Rosencratz yo?

ANA: Rosencratz tú... O yo, mejor... O tú. Tú. Sí, tú.

CARLO: Me confundes, Rosencratz.

ANA: Guildenstern. Guildenstern. Dije que Rosencratz eras tú. Guildenstern seré yo.

CARLO: No me quedó del todo claro.

ANA: No importa.

CARLO: Sí que importa.

ANA: No importa en este instante. Luego, lo resolveremos. Ahora necesito ir al baño.

CARLO: No entiendo por qué no has ido hasta ahora si realmente tienes necesidad de hacerlo. En realidad, no hace falta que me lo anuncies. Y, por otro lado, no necesito de esa clase de detalles. Arruinan la magia y el misterio.

ANA: No tengo interés en darte detalles de ningún tipo. Te lo digo porque, entonces, hay que sacarlo del lavabo.

CARLO: ¿A quién?

ANA: ¿A quién? ¿A quién? ¿Quién ha arruinado todo nuestro plan hoy?

CARLO: ¿Yo?

ANA: Además de ti.

CARLO: Ah... Fortinbras. Pero Fortinbras está en el coche.

ANA: ¿Cómo que en el coche? ¿Qué hace ahí? ¿Y por qué lo llamas Fortinbras?

CARLO: Le he puesto Fortinbras, porque habla poco y porque no nos íbamos a referir a él todo el tiempo como "rehén". No es muy práctico, es poco profesional y levanta sospechas. Está en el coche justamente porque pensé que, en cualquier momento, alguno de nosotros podía necesitar ir al baño e iba a ser complicado sacarlo de ahí.

ANA: ¿Qué hace en el coche?

CARLO: Nada. Está en el maletero, como siempre. Es inofensivo: está amarrado y amordazado en un maletero que se abre desde afuera.

ANA: ¿Pero cómo lo dejas así?

CARLO: ¿Qué más querías que hiciera? ¿Qué más podemos hacer? ¿Agarrarlo a patadas? ¿Romperle las piernas? ¿Cortarle una oreja? No va a hacer nada. Es inofensivo. A pesar de su mirada de ira y rencor, debe estar aterrado.

ANA: ¿Cómo se te ocurre que lo vamos a moler a patadas o que le vamos a quebrar un hueso? ¿Qué clase de bestia eres? Es inhumano tenerlo como lo tenemos. Más aún porque es evidente que está tremendamente asustado.

CARLO: ¿Y tenerlo encerrado en un baño te parece un trato más piadoso o quizá menos denigrante?

ANA: Tenías que haber revisado el asiento trasero antes de subirte al coche. Hubieras visto que estaba ahí oculto, encogido en la cavidad que hay entre los asientos traseros y delanteros. Yo tenía la situación bajo control. No tenías por qué desesperarte.

CARLO: Pudimos habernos deshecho de él una vez que nos dimos cuenta de que estaba escondido ahí atrás. Solo teníamos que abrir la puerta y lanzarlo a la calle. O abandonarlo en la

playa o en algún descampado. No tenía cómo identificarnos. No sabía nuestros verdaderos nombres. Por eso somos Rosencratz y Guildenstern.

ANA: Nos había visto.

CARLO: ¿Y por eso querías sacarle los ojos?

Silencio.

ANA: Tranquiliémonos un poco y pongamos un poco de orden a toda esta situación.

CARLO: *Bloody mess.*

ANA: ¿Qué?

CARLO: *Bloody mess.* Si habláramos inglés, hubieras dicho “*bloody mess*”.

ANA: ¿Y?

CARLO: Suena mejor. Y va más con nuestros personajes.

ANA: ¿Qué personajes?

CARLO: Rosencratz y Guildenstern.

ANA: Como iba diciendo, el rehén no tendría...

CARLO: Fortinbras.

ANA: Fortinbras no tendría por qué existir.

CARLO: En tanto Fortinbras querrás decir. Porque, en tanto persona, en tanto ser humano, no tenemos elementos suficientes para determinar si debería o no debería existir. No debería existir en tanto Fortinbras, es decir, en tanto rehén.

ANA: Fortinbras no debería existir. No debería haber estado en el coche y, por tanto, no debería estar aquí tampoco.

CARLO: Pero existe, estuvo en el coche y ahora está aquí.

ANA: Es un error. Tu error, ciertamente. Pero es solo eso: un error. Hay, entonces, que corregirlo, como se hace con las equivocaciones.

CARLO: Lamentablemente, no creo que sea tan sencillo como lo planteas.

ANA: No necesitamos un rehén.

CARLO: Siempre puede resultar útil. Podemos negociar.

ANA: ¿Negociar qué? ¿De qué se trata esto? ¿Acaso estamos buscando dinero?

CARLO: Negociar en el caso de que todo esto salga mal. Si estamos a punto de caer o si, de pronto, nos vemos rodeados, podemos negociar nuestro escape o siquiera un buen trato con la vida de Fortinbras.

ANA: ¿Y eso por qué habría de suceder? Y si sucediera, de todas formas nos acribillarían una vez que lo hayamos entregado. Y no pongas cara de espanto, Carlo o Rosencratz o Guildenstern o como diablos quieras llamarte esta noche. Y lo sabes. *(Breve pausa)* Pero nada de eso ocurrirá. Ya pasó lo más difícil. Solo tenemos que colocar el amonitol en el eje del neumático izquierdo trasero, al lado del depósito de combustible; enganchar el detonador; y dejar el coche aparcado en el lugar que nos han indicado. Luego, alguien se encargará de activar el temporizador con una llamada telefónica. Nosotros ya ni estaremos en este país para ese instante. ¿Qué puede resultar mal? ¿Qué?

CARLO: Todo puede resultar mal. Todo siempre puede resultar peor de lo que uno se imagina en sus peores previsiones. Siempre hay tiempos peores.

ANA: No pienso perder más tiempo intentando explicarte cómo tenemos que hacer las cosas. Eso ya ha quedado perfectamente establecido antes y lo sabes perfectamente. O eso me parecía. Ahora, cambia inmediatamente de actitud o todo se irá a la mierda. Nuestro problema en este instante es qué hacer con Fortinbras, a quien no necesitamos; no repasar los pasos del operativo, y mucho menos cuestionar el procedimiento diseñado o imaginar eventuales desenlaces

a nuestra acción. El asunto es simple: no se nos pidió tomar rehenes. Por lo tanto, tenemos que deshacernos de él. Es un estorbo. No hay nada más que discutir.

CARLO: No es lo mismo hacer explotar un coche delante de un bloque de edificios de viviendas que dispararle en la nuca a una persona a la que tienes atada y amordazada en el maletero de tu coche.

ANA: Si tantos conflictos te genera eliminar a Fortinbras...

CARLO: ¿Te puedes encargar tú? ¿Eso me vas a decir? ¿Y luego qué? ¿Me dirás que todo saldrá bien?

ANA: Escúchame bien Carlo, o Rosencratz, o Guildenstern o como carajo hayas decidido llamarte esta noche...

CARLO: Rosencratz.

ANA: Muy bien. Rosencratz, primero que nada, tienes que aprender a lidiar con tus sentimientos de culpa mal resueltos. Si hoy matas a una persona, y créeme que vas a matar a muchas más que una, y no puedes asumirlo como un acto más allá de la moral, mañana tendrás que hacer una buena acción para compensarlo o, si prefieres ponerlo en términos menos paganos, para expiar tu presunta falta, dado que, aparentemente, así funciona la lógica de tu consciencia, con la que creo que necesitas congraciarte o reconciliarte para no andar por ahí atormentado y fastidiando a quienes no hemos hecho nada para merecerlo.

CARLO: ¿Y qué sugieres? ¿Que si hoy mato a una persona, mañana salve a otra? ¿Qué propones? ¿Que me vuelva médico?

ANA: No hace falta ponerse en plan radical. Así, solo haces que mis argumentos parezcan absurdos y suenen ridículos. Nadie pretende que te conviertas en cirujano de un día para otro, aunque, si te interesa, podrías barajar esa opción como un proyecto para rehacerte en el futuro. A lo que me refiero, sencillamente, es a que, dado que eres una persona a quien su consciencia atormentada no le da descanso, y

dado el camino por el que has optado, debes empezar a considerar realizar ciertas pequeñas acciones que te ayuden a compensar o anular aquellas otras que juzgas como reñidas con los, según tú, parámetros y patrones de conducta socialmente aceptables, todo lo cual no es sino una sutil, frágil y siempre discutible convención. Nadie te pide, sin embargo, que hagas grandes gestos. Basta, por ejemplo, con que, si te topas por la calle con una anciana con las bolsas de la compra, le abras la puerta del edificio, o si quieres ir más lejos y extremar acciones, le cargues los paquetes hasta la misma puerta de su casa. O puedes también cederle el asiento en el autobús a una embarazada, lo cual es una situación más sencilla y más frecuente.

Silencio.

CARLO: ¿Quién se encargará, entonces, de Fortinbras?

Pausa.

ANA: Los dos.

CARLO: Eso es ridículo.

ANA: ¿Por qué es ridículo?

CARLO: Porque se vería patético. ¿Qué clase de asesinos a sueldo seríamos si tenemos que deshacernos de un rehén prácticamente cogidos de la mano? No es serio. No es profesional. Y además es un gasto de municiones innecesario.

ANA: No somos asesinos a sueldo. *(Sacando un cuchillo de una de sus botas)* Y no tenemos por qué hacerlo con balas.

CARLO: Eso sería una carnicería. Terminaríamos todos manchados de sangre. Luego, sería imposible desaparecer las huellas.

ANA: ¿Y qué sugieres, entonces, profesional?

Silencio.

CARLO: ¿Y si lo dejamos para siempre atado y amordazado en el maletero? Quizá se ahogue antes de la explosión. O quizá no... y simplemente explota.

Breve apagón.

Escena 8

Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda. Sobre ella, un teléfono y una máquina contestadora. El teléfono empieza a timbrar. Suena unas siete u ocho veces, tras lo cual se activa la máquina contestadora.

VOZ DE SILVIA: Hola. Has llamado a casa de Silvia...

VOZ DE EMILIO: ... y Emilio.

VOZ DE AMBOS: En este momento, no podemos contestarte.

VOZ DE SILVIA: Por favor, después de la señal, deja tu mensaje, tu nombre y un número de teléfono en el que podamos contactarte, y, tan pronto como nos sea posible...

VOZ DE EMILIO: ... te devolveremos la llamada.

VOZ DE AMBOS: Gracias. Hasta pronto.

Suena la señal auditiva del contestador. Silencio.

VOZ DE TIGRE: Hola, Silvia. Soy yo nuevamente. *(Pausa)* Veo que hoy has decidido regresar a casa más tarde de lo habitual. ¿O has vuelto a salir? ¿O estás ocupada? ¿O te ha ocurrido algo? *(Pausa)* Bueno, no tienes que darme explicaciones. A no ser que quieras hacerlo, por supuesto. No te sientas obligada, en todo caso.

(Pausa) No lo hagas, mejor dicho. *(Pausa)* Hace un momento, te habrás dado cuenta de que no pude terminar mi mensaje. Me llamaron para que resolviera un asunto. Siempre es así; me resulta cada vez más difícil tener ratos libres. Constantemente, me requieren. Es por el nuevo cargo que ocupo, aunque, bueno, eso creo que ya te lo he explicado. El nuevo trabajo. *(Silencio)* Solo quería decirte que todo estará bien. *(Pausa)* Emilio no me habla aún, pero todo estará bien. Te lo prometo. Adiós.

TIGRE corta la llamada. Se escucha el sonido del tono de línea comunicando por un tiempo. Breve apagón.

Escena 9

La escena transcurre en un bar sumamente oscuro. La tenue iluminación del lugar casi únicamente consiste en las luces que despide una gramola situada en algún rincón del salón o en los destellos intermitentes producidos por los neones del letrero exterior del local. Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda de madera con dos sillas. Sentados en ellas, están CARLO y ANA, quienes, con más empeño que éxito, intentan disimular su nerviosismo.

Silencio.

CARLO: No tenemos que hablar siquiera.

ANA: ¿Por qué sacas ese tema?

CARLO: ¿Qué tema?

ANA: Lo que realmente me asusta es aceptar algo hoy o tomar una decisión que mañana sea imposible de cambiar. *(Pausa)* Lo lamento, Rosencratz, no puedo aceptar tu propuesta. Vuelve a...

CARLO: ¿A Dinamarca? ¿A Inglaterra? *(Pausa)* ¿De qué estamos hablando, Guildenstern?

ANA: No insistas. Solo te lastimarás más.

CARLO: ¿Qué estás haciendo?

Pausa.

ANA: Temo que no tengo una buena respuesta. *(Pausa. En voz baja)* ¿Puedes ser un poco menos imbécil? Actúa con naturalidad. Intento que parezcamos casuales. Solo escucha lo que te digo y reacciona a ello. *(Pausa. Con volumen normal)* Quizá si nos hubiésemos conocido en otro lugar o en otro momento. Pero, no, Rosencratz, no. Sencillamente, las cosas no son así.

CARLO: Una vez, en medio de una galería clandestina de películas pornográficas, encontré una tienda de ropa para bebés.

ANA: ¿Qué?

CARLO: Una vez, en medio de una galería clandestina de películas pornográficas, encontré una tienda de ropa para bebés. *(Breve pausa)* Aunque de primera impresión uno sea incapaz de percibirlo, existe una sutil y extraña, por no decir sugerente, relación entre las dos clases de negocio que coincidían en dicho espacio.

ANA: *(En voz baja)* Perturbada querrás decir. *(Pausa. Con volumen normal)* No te me acerques. No intentes tocarme.

CARLO: ¿Qué?

ANA: *(En voz baja)* Finge bien. Sígueme la corriente. Sé natural.

CARLO: Basta. Es demasiada presión.

ANA: Ahora no cambies de tema.

CARLO: ¿Qué? No, no puedo. He dicho que terminemos.

ANA: Bueno, si eso es lo que quieres. Si te rindes así de fácilmente...

CARLO: ¿De qué estamos hablando exactamente?

ANA: Imbécil.

CARLO: ...

Silencio.

Súbitamente, ANA saca una cajetilla de cigarrillos de uno de los bolsillos de su pantalón y enciende uno con un fósforo.

CARLO: ¿Vas a fumar? Tú no fumas.

ANA: Se ve bien.

Pausa. Se miran fijamente.

ANA: ¿Qué pretendes?

CARLO: Nada. ¿Y tú?

ANA: Ordena algo por lo menos.

Breve pausa. Se miran fijamente. CARLO se levanta de la mesa lentamente. Se va hacia el fondo del escenario, donde no hay iluminación alguna y donde supuestamente debería encontrarse la barra del local. Tras unos instantes, regresa con una botella mediana de cerveza negra, una botella pequeña de agua y un vaso. Coloca la botella de agua y el vaso delante de ANA. La otra botella la pone en el lugar donde él estaba sentado. Cuando está a punto de sentarse, se detiene; hace el gesto de que se dispone a decir algo, pero tampoco lo hace; y, finalmente, se vuelve a marchar hacia la barra. Al poco rato, regresa a la mesa con una porción de pastel de queso recubierta con una capa de gelatina de color verde fosforescente. Se sienta en su silla y, sin prestar la menor atención a ANA, empieza a comer. ANA, por su parte, lo mira fijamente. Transcurrido no poco tiempo, CARLO se percata de la mirada de ANA; deja de comer; la mira un momento; y, luego, despacio, le acerca el plato con la cucharita. ANA no deja de mirarlo fijamente.

CARLO: No tenían de arándanos.

ANA: No se bebe agua en un sitio como este.

CARLO: No sabía qué pedir para ti. Tienes cara de histérica, así que pensé que estabas con dolor de cabeza y que no te convenía beber alcohol.

ANA: Demasiadas suposiciones.

CARLO: Y el vino tiene demasiadas calorías... Excede las que te permite tu dieta.

ANA: ¿No se te habrá ocurrido también, por casualidad, pedir ese estúpido cóctel de cerveza negra con champagne?

CARLO: ¿Puedes creerlo? Realmente, no tienen nada en este bar. Me sorprende que siquiera hayan tenido una cerveza negra.

ANA: ¿Qué te has propuesto? ¿No prefieres dejar una fotografía con tus datos personales detrás para que te puedan contactar cuando...?

CARLO: Puedo preguntar si tienen una cerveza sin alcohol para ti. No te garantizo nada, sin embargo.

Se miran fijamente. ANA se bebe toda la botella de agua rápidamente.

CARLO: Eso no se ve bien.

Pausa. CARLO bebe de la botella de cerveza negra con sorbos cortos. Luego de unos tres, se bebe todo el contenido de la botella de golpe, incluso derramando parte del líquido por su rostro. Después, empieza a comer el pastel de queso con una voracidad incontenible. Se introduce cada vez más bocados de pastel, sin siquiera terminar de masticar ni tragar los anteriores. Su boca está a punto de estallar. De hecho, corre el riesgo de atragantarse con la comida. Sorprendentemente, sin embargo, logra tragar todo lo que tiene en la boca sin morir en el intento. Luego, con excesiva vehemencia, coge la cajetilla de cigarrillos que está sobre la mesa e intenta encender uno con un fósforo. Tras quebrar unos tres o quizá más palitos, logra encender el cigarrillo.

ANA: ¿Y ahora qué haces?

CARLO: Fumo.

ANA apaga el cigarrillo que venía fumando.

CARLO: ¿Qué pasa? ¿No se veía bien?

ANA: Finge bien.

CARLO se queda desconcertado un momento. Luego, coge la botella vacía, la empina e intenta seguir bebiendo.

ANA: ¿Qué haces? Finge bien, imbécil. Ya no hay nada en esa botella. Y si ya empezaste, no pares de fumar.

CARLO: No grites. No pensarás armar una escena aquí, ¿verdad?

ANA: Solo piensas en ti.

CARLO: ¿Y tú?

ANA: Es que eres incapaz de...

CARLO: No puedo.

ANA: ... ser coherente.

CARLO: Ya no puedo continuar. No así. No puedo hacerlo.

ANA: Siempre eliges el camino fácil. Así no resolverás nada, quejica.

CARLO: Somos un desastre. Así. Ya no tenemos qué beber, no sabemos si fumar o no, quizá hemos sido envenenados con un pastel verde fosforescente... Es imposible que pasemos desapercibidos. Y nos deben de haber seguido. Nos van a...

ANA: Nadie nos va a masacrar.

CARLO: ¿Masacrar?

ANA: Atrapar. Nadie nos va a atrapar. Nadie nos ha seguido. Solo actúa de manera natural y cotidiana.

CARLO: No es fácil cuando estás todo manchado de sangre.

En ese instante, se encienden todas las luces del escenario con suma intensidad y potencia. Vemos que el bar está lleno de mesas vacías, y que tanto CARLO como ANA tienen toda la ropa, así como la cara y las manos, cubierta de sangre. Tras unos instantes, la iluminación vuelve a ser la del inicio de la escena.

ANA: Nadie lo sabe. Nadie puede vernos la sangre. Estamos en un lugar donde casi ni siquiera podemos mirarnos las caras. Ahora, déjate de tonterías y actúa de modo natural, que lo estás fastidiando todo. La gente bebe y fuma todo el tiempo en un bar, así que no hay nada de extraordinario ni de difícil en ello. No pienses tanto. Actúa. Sé natural.

Pausa. CARLO la mira fijamente, acaricia la barbilla de Ana con un gesto tosco, que incluso le causa cierto daño, y le toma las manos.

CARLO: No tenemos que hablar si no quieres hacerlo.

ANA: ¿Ahora qué haces?

CARLO: Reconozco que, a veces, en verdad, no pienso en ti. Me parece contradictorio y, aunque no lo creas, sí me doy cuenta, y me cuesta reconocer lo egoísta y desconsiderado que soy, y lo mucho que, así, lastimo tu autoestima.

ANA: ¿Se puede saber qué estás haciendo?

CARLO: Por favor, te pido que me escuches. Sé que es difícil...

ANA: Basta. Vuelve a tu actitud de antes. Ya terminamos con esa escena. No es coherente que la retomes ahora. Y te sale pésimo; nadie te lo puede creer.

CARLO: Bueno, en ese caso, quizá quieras hablar sobre cómo le pegaste un tiro en la cara a Fortinbras.

Breve apagón.

Escena 10

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas, que, de hecho, es el mismo espacio de la escena 4, el cual recuerda al de la escena 2. Al medio del escenario, una banca larga sin respaldar.

Silencio.

Tras breves instantes, entra a escena TIGRE, sin disfraz. Se lo ve desencajado y agitado, como que acabara de realizar alguna actividad física agotadora. Se deja caer pesadamente sobre la banca. Respira profundamente.

Silencio. Breve apagón.

Escena 11

La escena se desarrolla en un cine. La sala está ya a oscuras. La única iluminación prácticamente solo la constituye el reflejo de la pantalla, que vendría a estar ubicada del lado del público. Al medio del escenario, dos butacas, en las cuales están sentados CARLO y ANA. CARLO tiene consigo un enorme vaso de bebida y una bolsa gigante de patatas chips o de algún otro snack que haga mucho ruido al ser masticado. A lo lejos, se escuchan, ininteligibles, las voces provenientes de la película que está siendo proyectada, las cuales están en un idioma distinto al que hablan los personajes.

CARLO: Dejando de lado el hipotético tema de la culpa y los dilemas éticos asociados a este, todo el asunto se reduce a un cuerpo de 25 kilogramos. Más específicamente, todo se reduce a un problema de física, a saber, cómo trasladar un cuerpo de 25 kilogramos desde un punto A hasta un punto

B en el menor tiempo posible. Y la solución a ese problema es siempre una línea recta. Sin embargo, es posible que, en este momento, tú no lo veas así, pero yo... tampoco.

Breve apagón.

Escena 12

Al medio del escenario, TIGRE, con un disfraz de tigre al estilo de aquellos que se usan en las fiestas infantiles o en los parques temáticos de atracciones. Juega con poco entusiasmo con un grupo de niños, más bien, peligrosamente entusiastas.

Breve apagón.

Escena 13

La escena ocurre en un bosque o en un desierto. Al medio del escenario, CARLO y ANA rodeados por un grupo numeroso de policías furiosos. CARLO, visiblemente maltratado, con no pocas heridas, cicatrices, moretones y vendajes mal realizados, tiene a ANA, que se encuentra en igual estado de deterioro físico pero casi inconsciente, cargada sobre el hombro, casi como si fuera un peso muerto. Ambos portan sendas armas blancas y de fuego en las cartucheras que llevan en el tórax, la cintura y las piernas. CARLO, además, empuña desafiante una pistola semiautomática. Gira sobre su eje como buscando una salida a su encierro sin dejar de apuntar a sus cazadores. Los policías, con trajes de operaciones especiales y fusiles de asalto, se ven intimidantes, brutales y dispuestos a masacrarlos al menor movimiento. La imagen, en su conjunto, es salvaje.

ANA: ¿Moriremos?

CARLO: Tal vez otro día. Hoy seguro que no.

Breve apagón.

Escena 14

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas, que, de hecho, es el mismo espacio de la escena 2, el cual recuerda al de las escenas 4 y 10. Al medio del escenario, una banca larga sin respaldar. Sentado sobre ella, exhausto, está TIGRE, con un disfraz de tigre al estilo de aquellos que se usan en las fiestas infantiles o en los parques temáticos de atracciones. Tras unos instantes, muy lentamente, se quita la aparatosa cabeza que forma parte del disfraz y la coloca a un lado. Respira honda y pesadamente.

Silencio.

VOZ EN OFF: Tigre, a escena.

Breve apagón.

Escena 15

La escena ocurre en un bosque o un desierto. El ambiente es medianamente oscuro. CARLO y ANA, visiblemente maltratados, con no pocas heridas, cicatrices, moretones y vendajes mal realizados, están sentados en el suelo en medio del escenario. Portan sendas armas blancas y de fuego enfundadas en las cartucheras que llevan en el tórax, la cintura e, incluso, en las piernas. A su lado, hay unos recipientes de combustible medio vacíos y algunos troncos de leña. No solo se los ve exhaustos, sino que lucen devastados. Sus rostros, si es que esto fuera posible, reflejan la expresión de quien ha contemplado el horror y, quizá a su pesar, ha sobrevivido a esta visión.

Silencio.

ANA: Una vez, leí que el cargador de una semiautomática tarda en vaciarse entre diez y quince segundos. Eso quiere decir que si vacías todo el cargador de la pistola disparando contra una sola persona, puedes hacer que su cuerpo no caiga al suelo hasta que se acabe la última bala. *(Pausa)* ¿Te imaginas lo que debe ser mantener en suspenso, en equilibrio o, incluso, quizá en el aire a un cuerpo humano por diez o quince segundos?

CARLO: Eso, entre otros factores, dependerá del peso del cuerpo.

ANA: Con un cuerpo de aproximadamente 25 kilos...

CARLO: No hemos disparado todo un cargador contra un cuerpo de 25 kilos.

ANA: Hemos hecho algo peor: un solo tiro. Le reventamos el rostro y cayó sin ninguna belleza.

CARLO: La belleza no reside en la gracia o en la plasticidad de la caída, ni siquiera en la altura de esta, sino en la muerte gratuita y prematura. Y en la pérdida irreparable, en la catástrofe inmotivada, en el dolor incompresible, en la fragilidad lacerada, en la destrucción desproporcionada, en la vida arruinada frívolamente...

ANA: ¿De qué estás hablando, Carlo?

CARLO: Rosencratz.

Ana: ¿De qué estás hablando, Guildenstern?

CARLO: Rosencratz. ¿De qué estás hablando, Rosencratz?

ANA: Yo no estoy hablando.

CARLO: Rosencratz. Decidimos que yo sería Rosencratz. Nunca me prestas atención.

Se escucha levemente un ruido semejante al que produce un animal al arrastrarse.

CARLO: ¿Escuchaste?
ANA: Sí te estoy escuchando. Reconozco que no siempre te presto atención, pero ahora sí que lo estoy haciendo.
CARLO: A mí, no. Me refiero a ese sonido lejano. ¿Lo oíste?
ANA: No. Debe haber sido tu imaginación.
CARLO: No lo creo.
ANA: No importa.
CARLO: No estoy tan seguro.

Silencio.

ANA: ¿Y mi cuerpo? ¿Podrías mantener mi cuerpo suspendido por quince segundos a tiros?
CARLO: ¿De qué estás hablando?
ANA: Carlo...
CARLO: Rosencratz, maldita sea. Rosencratz.
ANA: Rosencratz, lo que he hecho es algo que no terminará jamás. He cruzado la línea tras la cual no hay retorno. No lo soportaré. No por más tiempo. Esto no tendrá fin, excepto si muero.
CARLO: Ni lo pienses.
ANA: He matado...
CARLO: ¿Y? No será la última vez que lo hagas.
ANA: Pero no de la manera en que ha ocurrido.
CARLO: Fue un accidente.
ANA: Quizá eso es lo que lo hace más intolerable.
CARLO: Quizá eso debería aliviarte en algo.
ANA: Y si así fuera, ¿cómo lidio con lo que hemos hecho después con Fortinbras? *(Pausa)* ¿Cómo puedes tú? *(Pausa)* ¿Cómo? *(Pausa)* Respóndeme algo.

Pausa.

Se vuelve a escuchar un sonido semejante al de un animal que se arrastra. El sonido se multiplica. Parece provenir de diferentes direcciones simultáneamente, y se hace cada vez más cercano e intenso. Conforme se torna más próximo, al sonido del cuerpo que se arrastra, se le suma una suerte de silbido o cascabeleo bastante desesperante y perturbador.

ANA: ¿Escuchaste? ¿Qué es eso?

CARLO: No lo sé. No hagas ningún ruido. No te muevas.

ANA: ¿Qué pasa, Carlo?

CARLO: Permanece inmóvil, Guildenstern.

ANA grita de dolor e, inmediatamente, se coge la pierna. Se retuerce en el suelo producto de este. Intenta contener sus gritos y aguantar el dolor, pero, de pronto, vuelve a gritar más hondamente al tiempo que se toma el brazo. CARLO va hacia ella, coloca la palma de su mano sobre la frente de ANA y le acaricia el cabello.

CARLO: Resiste. Te sacaré de aquí enseguida. Resiste, por favor.

El sonido de los animales que se arrastran y su respectivo cascabeleo se torna cada vez más intenso y cercano. Prácticamente, invade todo el espacio. CARLO, desesperado, se saca la camiseta y la ata a uno de los troncos de madera que hay cerca de donde se encuentran, con lo cual arma una suerte de improvisada antorcha. La moja con el combustible que queda en uno de los recipientes y enciende el artefacto con unos fósforos que saca del bolsillo de su pantalón. Al encenderse la antorcha, vemos que todo el escenario está invadido por serpientes. CARLO intenta alejarlas con el fuego, pero son demasiadas. Ayuda, como puede, a ANA, cada vez más débil, a incorporarse.

CARLO: Resiste, por favor. Te sacaré de esta.

ANA: ¿Me lo prometes?

Carlo: Esto te dolerá, pero no puedes dejarte vencer. No te rindas.

Ana: *(Conteniendo el dolor)* ¿Me lo prometes? *(Pausa)* ¿Me lo prometes, Rosencratz?

CARLO: Todo estará bien, Ana. Te lo prometo.

CARLO, sin soltar la antorcha que agita para alejar a las serpientes, se sube a ANA al hombro. Tras esto, empieza a abrirse camino entre las serpientes blandiendo la antorcha. Al poco rato, es mordido por varias de estas en las piernas. A pesar de ello y de sus gritos de dolor, resiste.

Breve apagón.

Escena 16

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas, que, de hecho, es el mismo espacio de las escenas 4 y 10, el recuerda, además, al de las escenas 2 y 14. Al medio del escenario, una banca larga sin respaldar. Sentado sobre ella, TIGRE, sin disfraz alguno. Se lo ve, más que exhausto, extraviado y desolado.

Silencio.

VOZ EN OFF: Tigre, teléfono.

Silencio. TIGRE permanece inmóvil en la banca.

VOZ EN OFF: Tigre, teléfono.

Silencio. TIGRE permanece inmóvil en la banca. Breve apagón.

Escena 17

La escena se desarrolla en un cine. La sala está ya a oscuras. La única iluminación prácticamente solo la constituye el reflejo de la pantalla, que vendría a estar ubicada del lado del público. Al medio del escenario, dos butacas, en las cuales están sentados CARLO y ANA. CARLO tiene consigo un enorme vaso de bebida y una bolsa gigante de patatas chips o de algún otro snack que haga mucho ruido al ser masticado. A lo lejos, se escuchan, ininteligibles, las voces provenientes de la película que está siendo proyectada, las cuales están en un idioma distinto al que hablan los personajes. Superpuesto a estos sonidos, se escucha el ruido que hace CARLO al masticar sus patatas chips o el snack que esté comiendo así como el ruido que hace al sorber su bebida con una pajita. Esta dinámica debe prolongarse por un largo periodo de tiempo.

ANA: No quiero ser perdonada por lo que acabo de hacer. *(Pausa)*

No quiero ser perdonada por lo que acabo de hacer. *(Pausa)*

No...

CARLO: Deja escuchar.

ANA: ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

CARLO: Shhhh.

ANA: No me calles. *(Pausa)* ¿Cómo puedes ser tan insensible?

CARLO: Que te calles.

ANA: Carlo. *(Pausa)* Carlo. *(Pausa)* No me ignores.

CARLO: Te he traído acá para que te relajes un poco. No empieces ahora con las preguntas celestes y los dilemas morales. Por favor, intenta concentrarte en la película.

ANA: ¿Qué? ¿Pero qué estás diciendo? No hemos venido acá para ver ninguna película. ¿En qué estás pensando?

CARLO: No empieces otra vez, por favor. Te has pasado todo el puto día gritándome. Pero ya empiezo a hartarme. Evidentemente sé para qué hemos venido a este lugar. No soy ningún imbécil al que le tienes que explicar todo a cada instante. Y fuiste tú la que me soltó todo el discurso de la culpa y

ayudar a las ancianas. Y, bueno, da la casualidad de que la película me gusta.

Silencio.

ANA: ¿Eres un profesional?

CARLO: Sí.

ANA: ¿De qué exactamente eres un profesional?

CARLO: De esto.

ANA: ¿Qué es esto?

CARLO: Esto es esto.

ANA: ¿Y qué es esto?

CARLO: Esto.

ANA: Dilo, si puedes. *(Pausa)* Dilo, profesional.

CARLO: Estoy harto de que me estés evaluando todo el tiempo. No pienso someterme a tus interrogatorios ni una vez más. Y no tengo por qué estar demostrándote mi valía cada vez que te asaltan tus inseguridades.

ANA: ¿Cuántas bombas has puesto anteriormente? ¿Sabes cómo construir una bomba lapa? ¿Conoces su mecanismo? ¿Qué es el amonal? ¿Es lo mismo que el amonitol? ¿Para qué sirve el nitrometano? ¿Sabes armar y desarmar un fusil AKM? ¿Cuántos atentados has organizado? ¿En cuántos has participado?

CARLO: ¿A cuánta gente has matado?

Pausa.

ANA: A una sola persona.

CARLO: ¿Qué?

ANA: A una sola persona.

CARLO: ¿Pero no se suponía que tú estabas a cargo de todo este operativo porque tenías amplia experiencia?

ANA: Tengo experiencia. He hecho pintas en paredes y he repartido volantes con propaganda a favor de la organización.

CARLO: ¿Ni un acto propiamente vandálico? *(Pausa)* ¿Aunque sea has disparado anteriormente, no?

ANA: Es la primera vez.

CARLO: Pero si ni siquiera disparaste de verdad. Fue un accidente. Se te escapó el tiro y le reventaste la cara a Fortinbras. No tenías intención de hacerlo. Eso no cuenta como haber disparado y mucho menos como haber matado a alguien.

ANA: Era un niño.

Pausa.

CARLO: Pero si ni siquiera disparaste de verdad. Fue un accidente. Se te escapó el tiro y le reventaste la cara a Fortinbras. No tenías intención de hacerlo. Eso no cuenta como haber disparado y mucho menos como haber matado a alguien.

ANA: Lo maté. No hay atenuantes.

CARLO: Fue un accidente.

ANA: No busco que me consueles. No quiero tu compasión ni la de nadie, y mucho menos ser perdonada.

CARLO: En realidad, casi todo ha sido mi culpa.

ANA: No tenía que haber estado ahí. No tenía por qué haber estado ahí, maldita sea. Pero tendríamos que haber revisado la parte trasera del coche.

CARLO: Fui yo quien no revisó el asiento trasero después de bajar al hombre del vehículo. Y, luego, tú no querías un rehén, pero yo insistí en conservarlo.

ANA: No es excusa. No es excusa. Fue una imprudencia sacarlo del maletero y sentarlo en el asiento trasero como si fuera un pasajero.

CARLO: Ambos coincidíamos en que no era correcto tenerlo encerrado más tiempo en el maletero. Es más, ni siquiera parecía necesario.

ANA: Pero solo tenía que apuntarlo con el arma durante el trayecto para que no intente hacer nada que nos ponga en riesgo. Tenía que vigilarlo; no tenía que matarlo. Vigilarlo. No matarlo.

CARLO: Ha sido por mí. Tú solo lo apuntabas por seguridad, para protegernos. Pero yo conducía fatal: me metí en un bache y se te escapó el tiro. Casi he sido yo el que lo ha hecho. Prácticamente, yo lo he matado.

ANA: ¿Para qué diablos lo estaba apuntando con una pistola?

CARLO: Yo soy el responsable de todo.

ANA: ¿Qué podía hacernos? Era inofensivo. ¿Qué falta hacía apuntarlo? Era evidente que nunca nos haría daño. ¿Y por qué diablos el arma no tenía puesto el seguro?

CARLO: Escúchame.

ANA: Porque no sé usar una. Porque nunca en mi vida he cogido una pistola.

CARLO: Escúchame, Guildenstern.

ANA: He matado a un niño.

CARLO: Escúchame, maldita sea. Enfócate. Tenemos que colocar el explosivo en el coche y dejarlo aparcado donde nos han indicado antes de las once de la noche. Para eso estamos aquí. Y eso está por encima de toda esta situación. De todo este *bloody mess*; literalmente, de todo este *bloody mess*. *(Pausa)* No me distraigas. Estamos aquí para hacer volar ese coche en pedazos. Para nada más. *(Pausa)* Y no será la última persona que mates hoy día.

ANA: Era un niño.

CARLO: ¿Y crees que no morirán niños con la explosión del coche de esta noche? *(Pausa)* Que no les veas la cara reventada no cambiará el hecho de que los estarás matando.

Silencio.

CARLO: Dejando de lado el hipotético tema de la culpa y los dilemas éticos asociados a este, todo el asunto se reduce a un cuerpo de 25 kilogramos. Más específicamente, todo se reduce a un problema de física: cómo trasladar un cuerpo de 25 kilogramos desde un punto A hasta un punto B en el menor tiempo posible. Y la solución a ese problema es siempre una línea recta. Sin embargo, es posible que, en este momento, tú no lo veas así, pero yo... tampoco.

ANA: Eso lo has sacado de una película.

CARLO: Pero viene al caso. Y queda bien.

ANA: ¿Y cuál es esa línea recta?

CARLO: Si seguimos por la carretera por donde hemos venido, llegaremos a la playa. Ahí hay unos acantilados. Lanzaremos el cuerpo al mar.

ANA: Eso está demasiado lejos. No lo lograremos a tiempo. Y pueden encontrar el cuerpo antes de que estemos lo suficientemente lejos de aquí. Nos arriesgamos a arruinar todo.

CARLO: Entonces...

ANA: No lo dejaremos en el coche. No lo permitiré.

CARLO: Si nos salimos un poco de la carretera en dirección contraria a la playa, supongo que llegaremos a algún descampado. Un desierto o un bosque. No lo sé, no lo revisé muy detenidamente en el mapa, pero algo habrá cerca. Eso es más que seguro. Es una zona despoblada. Al primer descampado que encontremos, nos detenemos. Lo enterraremos ahí, donde quiera que eso sea.

Pausa.

ANA: Eso no basta.
CARLO: ¿Qué?
ANA: Necesitamos desaparecer el cuerpo.
CARLO: En ese caso...
ANA: No. No lo dejaremos en el maletero del coche.
CARLO: Para efectos prácticos, es lo mismo.
ANA: No es lo mismo. La explosión lo despedazará. Sería atroz.
(Pausa) Y sus restos, aunque reventados y esparcidos, aún podrían ser identificables.
CARLO: No lo creo.
ANA: No me importa lo que creas. No lo haremos volar en mil pedazos.

Pausa.

CARLO: Lo quemaremos. Solo así no quedará ningún rastro. Solo así lo reduciremos a nada.
ANA: Los cuerpos no desaparecen cuando se les quema.
CARLO: Sí, si lo hacemos a mi manera.
ANA: ¿Y eso es?
CARLO: Necesitamos leña, querosene y petróleo.
ANA: Eso no me aclara gran cosa.
CARLO: La función de la leña es bastante obvia: es el combustible. El querosene arde de una manera más sostenida que la gasolina, lo cual nos asegura una más intensa y más duradera combustión. El petróleo se adhiere al cuerpo, con lo cual nos aseguramos de que la combustión se realice en el propio cuerpo, lo que luego tornará irreconocible al cadáver, si es que queda de él algo más que cenizas. Por cierto, sería ideal si la leña fuera de algún árbol aromático como el eucalipto, de manera que, así, encubrimos o siquiera disimulamos el olor a carne quemada, que no es nada agradable.

Pausa. Se miran fijamente.

CARLO: El cielo puede esperar.

Silencio. Se dedican a ver la película.

ANA: Por cierto, ¿cómo se llama la película que estamos viendo?

CARLO: Rosencratz y Guildenstern han muerto.

Silencio. Breve apagón.

Escena 18

Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda. Sobre ella, un teléfono y una máquina contestadora. El teléfono empieza a timbrar. Suena unas siete u ocho veces, tras lo cual se activa la máquina contestadora.

VOZ DE SILVIA: Hola. Has llamado a casa de Silvia...

VOZ DE EMILIO: ... y Emilio.

VOZ DE AMBOS: En este momento, no podemos contestarte.

VOZ DE SILVIA: Por favor, después de la señal, deja tu mensaje, tu nombre y un número de teléfono en el que podamos contactarte, y, tan pronto como nos sea posible...

VOZ DE EMILIO: ... te devolveremos la llamada.

VOZ DE AMBOS: Gracias. Hasta pronto.

Suena la señal auditiva del contestador. Silencio.

TIGRE: Silvia, soy yo de nuevo. No te pude atender cuando llamaste hace un rato. Estaba... ocupado. No sé si te lo habrán explicado. Se lo encargué a... En todo caso,

disculpa. *(Pausa)* Disculpa. *(Silencio)* Emilio no me hablará nunca más. Lo he perdido. *(Pausa)* Fue todo demasiado rápido. No pude reaccionar siquiera. *(Pausa)* Fue cuando regresábamos del colegio. Él no me hablaba. Solo miraba por la ventana. Yo le preguntaba por sus tareas, o por su refrigerio o quizá por lo que había hecho en el recreo; no lo recuerdo ya. *(En la parte posterior del escenario, aparecen TIGRE y EMILIO en un coche. TIGRE conduce. EMILIO, sentado en el asiento del copiloto, mira por la ventana con expresión de indiferencia, ira y rencor)* Giré a la derecha para cortar camino por la calle donde vive tu hermana *(TIGRE hace gesto de girar el volante)*. Y, casi de la nada, al frente nuestro, aparecieron dos sujetos enmascarados y se plantaron en el medio de la calzada apuntándonos con sus semiautomáticas. Nos emboscaron. Era casi como si nos hubiesen estado esperando. *(Conforme TIGRE va relatando estos hechos, aparecen frente al vehículo CARLO y ANA con los rostros cubiertos con pañuelos rojos. Apuntan hacia el coche con sus pistolas semiautomáticas)*. Frené de golpe. *(TIGRE frena en seco. El brusco movimiento sacude los cuerpos de TIGRE y EMILIO)*. Sabía que si nos deteníamos, sería peor, pero uno tiende a olvidarlo en esos momentos y se detiene mecánicamente, por reflejo. *(Pausa)* Pero quién sabe de lo que serían capaces estos tipos. Se veían sicarios profesionales. No lo podía permitir. Suena atroz, pero no había lugar para la piedad: eran ellos o nosotros. Así que volví a poner en marcha el coche. Los pistoleros, sin embargo, permanecieron inmóviles sin bajar sus armas ni dejar de apuntarnos. Entonces, aceleré: estaba dispuesto a atropellarlos. No había otra forma

de escapar. Pero, en ese momento, los malditos abrieron fuego. *(Pausa)* No podía poner en riesgo la vida de Emilio. No podía exponerlo a ser acibillado. Continuar sería demasiado temerario e irresponsable. Si hubiese estado solo, a lo mejor hubiera seguido sin detenerme y los hubiera obligado, así, a apartarse del camino. Pero no estaba solo, así que detuve el coche nuevamente. En ese momento, pensé que era lo correcto. *(Durante el relato de TIGRE, lo que se ve dramatizado en la parte posterior del escenario, en realidad, es que, tras ser emboscado por CARLO y ANA, detiene el coche, retira las manos del volante y las coloca en un lugar visible para los asaltantes en señal de rendición. En ningún momento, vuelve a poner en marcha el coche ni hay disparos disuasorios de por medio).* Luego, empezaron a gritarme no sé qué cosas, y hacían señas para que bajara del auto sin oponer resistencia y muy lentamente. *(CARLO y ANA le hacen gestos a TIGRE indicándole que baje del coche despacio y advirtiéndole que no haga ningún movimiento que pudiera ser interpretado como sospechoso)* Emilio, entretanto, se había ocultado en la cavidad que separa los asientos traseros de los delanteros. Estaba a salvo, pensé. Yo me ocuparía de los sicarios y nadie le haría daño a él. *(EMILIO se esconde entre los asientos delanteros y traseros del vehículo).*

Suena un pitido y la llamada se corta. Casi al instante, vuelve a sonar el teléfono. Timbra unas siete u ocho veces, tras lo cual se activa el contestador.

VOZ DE SILVIA: Hola. Has llamado a casa de Silvia...

VOZ DE EMILIO: ... y Emilio.

VOZ DE AMBOS: En este momento, no podemos contestarte.

VOZ DE SILVIA: Por favor, después de la señal, deja tu mensaje, tu nombre y un número de teléfono en el que podamos contactarte, y, tan pronto como nos sea posible...

VOZ DE EMILIO: ... te devolveremos la llamada.

VOZ DE AMBOS: Gracias. Hasta pronto.

Suena la señal auditiva del contestador.

TIGRE: No puedo hablar así. Me es muy difícil contar todo esto a una máquina. Por favor... *(Pausa)* No te lo puedo ocultar más tiempo. Necesitas saberlo. Necesito decírtelo. *(Silencio)* Bajé del coche lentamente, con las manos en alto. Dejé que se acercaran. No debía levantar sospechas y necesitaba, además, tenerlos cerca para poder reducirlos. Debía actuar con extrema rapidez; sin vacilar. Me indicaron que me apartara del vehículo y me pusiera de rodillas con las manos en la nuca. Sabían perfectamente lo que hacían. No dudarían en ejecutarme a plena luz del día si lo consideraban necesario. No les interesaba encubrir los hechos. Eran implacables. *(Pausa)* Me puse de rodillas y, cuando se acercó uno de ellos a registrarme, rápidamente, sin pensarlo, en un movimiento casi instintivo, saqué mi reglamentaria y le disparé a quemarropa. Le encajé más de un tiro. De pronto, había sangre por todos lados. Sangre. Y, con el mismo impulso, tomé al sujeto por el cuello para cubrirme con su cuerpo y protegerme, así, de las represalias de su compañero. Pero el otro, o la otra mejor dicho, porque reparé en que era una mujer, había ido, en este lapso de tiempo, hacia el coche y había encontrado a Emilio oculto. Lo tenía cogido y le

apuntaba con su revólver en la sien. *(Pausa)* Eso me desarmó totalmente. Me quedé paralizado. Era una imagen atroz. *(Pausa)* La mirada de la mujer me decía que no dudaría ni dos segundos en volarle la cabeza si yo intentaba hacerme el héroe. *(Pausa)* Pero era Emilio. No podía rendirme. No podía abandonarlo. *(Pausa)* Pero ahí estaba la mirada furiosa de la mujer. Estaba enajenada. *(Pausa)* ¿Qué podía hacer? No podía exponerlo a un peligro aún mayor *(Pausa)* ¿Qué podía hacer? *(Pausa)* Pero yo también tenía un rehén. Y no podía darme por vencido. Esa opción no existía para mí. No podía perderlo. Así que pulseé y forcé la situación hasta el límite. No podrían resistir la tensión. Tenían que ceder. En esta clase de asaltos, lo más valioso es el tiempo: una mínima demora puede equivaler al fracaso. Solo tenía que resistir un poco más. Era riesgoso pero sabía lo que hacía. O eso creía. *(Pausa)* Yo no quería ninguna venganza ni dármelas de justiciero; solo quería recuperar a nuestro hijo. Amenacé, presioné, e incluso estuve a punto de cometer una locura aún mayor, pero no había futuro en esa negociación. Esa gente desprecia la vida: yo tenía entre mis brazos a un suicida; esa mujer tenía entre los suyos a nuestro pequeño. *(Pausa)* No quise hacerlo. Tienes que creerme. Te lo juro. No quise hacerlo, pero no tenía más alternativas. No las había. Tuve que soltar a mi presa. ¿Qué más podía hacer? *(Pausa)* El tipo me quitó el arma, me golpeó con la culata en el rostro y, ya en el suelo, me siguió pateando. *(Pausa)* Y se fueron. *(Pausa)* Se fueron. *(Pausa)* ¿Qué necesidad tenían ya de llevárselo? ¿Qué falta les hacía un rehén? Les supliqué que no se lo llevaran. Era un niño. Eso es

una crueldad innecesaria. No es humano. Me ofrecí a ir con ellos. Les supliqué, Silvia. Me desgarré suplicando. Ya no había más que pudiera hacer. Supliqué. *(Pausa)* Fue inútil. *(Pausa)* Se fueron. Se lo llevaron. Lo último que alcancé a ver, impotente, fue su mirada fija de ira, rencor... y terror. Le susurré, desde el suelo, que todo estaría bien, que no se asustara, que yo lo rescataría. También fue inútil. No me oyó. No me podía oír. *(Pausa)* La última imagen que debe haber visto, la imagen que se le debe haber quedado grabada para siempre, fue la de su padre caído. Ha sido horrible, indescriptible. No hallo palabras para explicarlo. Debe haberse sentido abandonado, si no traicionado, por mí. Y no fue así. No lo he abandonado nunca. Jamás lo traicionaría. *(Silencio)* Lo encontraremos, Silvia. Y lo llevaré de vuelta a casa sano y salvo. No importa que luego no me vuelva a hablar. Ya no importa más. *(A lo largo del relato de TIGRE, sin embargo, lo que se ha visto dramatizado en la parte posterior del escenario es lo siguiente: TIGRE baja del coche lentamente con las manos en alto; ANA le indica que se aleje del vehículo y se ponga de rodillas; TIGRE obedece sin oponer resistencia alguna; ANA le indica que coloque sus manos en la nuca; TIGRE lo hace dócilmente; ANA lo registra; le encuentra una pistola; se la quita; se la guarda en la parte posterior del cinturón; y, ejerciendo presión con el cañón de su revólver sobre la nuca de TIGRE, lo obliga a echarse en el suelo boca abajo. CARLO, entretanto, se ha subido al asiento del piloto del coche sin revisar los compartimentos del vehículo. Nadie ve, por tanto, que EMLIO está oculto atrás. Este, por otra parte, ni siquiera se asoma mínimamente por*

las ventanillas del coche, de modo que nunca ve lo que ocurre fuera. CARLO llama a ANA desde el coche para irse. En ningún momento, TIGRE opone la menor resistencia a la pareja de asaltantes. En todo momento, se ve que CARLO y ANA están sumamente nerviosos e inseguros, y sus acciones son torpes y atropelladas. Nunca se dispara un solo tiro ni hay mayor ejercicio de violencia. CARLO pone en marcha el vehículo una vez que ANA ha subido a este y, luego, parten. TIGRE permanece tendido en el suelo boca abajo, inmóvil, sin levantar la cabeza).

TIGRE corta la llamada. Se escucha el sonido del tono de línea comunicando por un tiempo. Durante este, permanece congelada la imagen de TIGRE postrado en el suelo. Breve apagón.

Escena 19

La escena ocurre en un bosque o en un desierto. Al medio del escenario, CARLO y ANA rodeados por un grupo numeroso de policías furiosos. CARLO, visiblemente maltratado, con no pocas heridas, cicatrices, moretones y vendajes mal realizados, tiene a ANA, que se encuentra en igual estado de deterioro físico pero casi inconsciente, cargada sobre el hombro, casi como si fuera un peso muerto. Ambos portan sendas armas blancas y de fuego en las cartucheras que llevan en el tórax, la cintura y las piernas. CARLO, además, empuña desafiante una pistola semiautomática. Gira sobre su eje como buscando una salida a su encierro sin dejar de apuntar a sus cazadores. Los policías, con trajes de operaciones especiales y fusiles de asalto, se ven intimidantes, brutales y dispuestos a masacrarlos al menor movimiento. La imagen, en su conjunto, es salvaje.

ANA: ¿Moriremos?

CARLO: Tal vez otro día. Hoy seguro que no.

Los policías, cada vez más exasperados y de aspecto también cada vez más brutal aún (si cabe), amenazan con abrir fuego si CARLO y ANA no se entregan pacíficamente. CARLO continúa dando vueltas sobre su mismo sitio a la búsqueda de una salida, pero solo constata lo evidente: están absolutamente rodeados. En determinado momento, en lo que parece un gesto arbitrario, CARLO se detiene. Mira fijamente a los policías. Coge fuerte a ANA. Se da ánimos a sí mismo en voz baja.

ANA: *(susurrando)* El cielo puede esperar.

CARLO: *(casi para sí mismo)* El cielo puede esperar.

CARLO abre fuego descontroladamente contra los policías. Estos también. Carnicería. Breve apagón.

Escena 20

La escena tiene lugar en una especie de depósito semiabandonado, aunque también pudiera ser un camerino repugnante y prácticamente en ruinas, el cual recuerda al espacio de las escenas 2, 4, 10, 14 y 16. Al medio del escenario, una silla. Sentado sobre ella, está CARLO, desnudo, con los ojos vendados con un pañuelo negro y mucho más deteriorado físicamente que en la escena inmediatamente anterior. Un poco más atrás de él, se encuentra el HOMBRE DE LA VOZ EN OFF. Este se dirige a un lado del escenario, donde estaría ubicada la puerta de la habitación.

HOMBRE DE LA VOZ EN OFF: *(Hacia afuera)* Tigre, a escena.

Tras unos instantes, entra, sin mayor entusiasmo, casi con pesar y cierta tristeza, TIGRE. Después de dar unos pasos en el interior de la habitación, se detiene un momento. Respira hondo y, de forma casi imperceptible, se da ánimos. Tras ello, se transforma en otra persona: intimidante,

gigantesco, oscuro, animal. Luego, se dirige rutinariamente hacia CARLO, a quien le ha prestado una atención semejante a la que le brinda un cirujano a un cuerpo al que le debe practicar una autopsia. Breve apagón.

Escena 21

La escena ocurre en la terraza de un café a plena luz del día. Al medio del escenario, una pequeña mesa redonda con dos sillas. Sentado en una de ellas, está CARLO. Sobre la mesa, hay un vaso con un líquido de color negro hacia la base y gradualmente dorado hacia la parte superior. Es, además, ligeramente burbujeante. CARLO luce inquieto. Aunque de apariencia casual, parece arreglado como para una cita. Tras unos instantes de espera, llega ANA por un lado del escenario. Lleva en la mano un casco de motocicleta. Disimula bastante mejor su emoción. Al igual que CARLO, también tiene una apariencia un tanto más arreglada de lo que exigiría un look casual natural. Se miran fijamente. CARLO se pone de pie y le estrecha la mano.

CARLO: Carlo.

ANA: Ana.

CARLO: Carlo. *(Breve pausa)* Siéntate, por favor.

ANA: Gracias.

Silencio.

CARLO: ¿Quieres algo de beber?

ANA: Ah, sí, claro... pero no lo mismo que tú.

CARLO: Esto es un *black velvet*.

ANA: Lo que sea. Pero eso no. Eso es seguro.

CARLO sale del escenario, hacia donde estaría ubicada la barra del local. Tras una demora un tanto prolongada, regresa con un vaso de zumo de coco con piña. Lo coloca sobre la mesa.

CARLO: Coco con piña. Cuando llegué, no me decidía entre el zumo de coco con piña y el *black velvet*. Entonces, te pedí el zumo. Para que me invites un poco. *(Pausa)* Lo pedí sin leche, por si acaso seas intolerante a la lactosa. Cada vez conozco más gente que lo es, y pensé que sería mejor ser precavido y andarse con cuidado. No quisiera intoxicarte. Y hubiese sido un poco incómodo haber regresado para preguntarte si eras o no intolerante a la lactosa. ¿No crees? Y hubiera terminado por resultar exasperante también. Entonces, lo ordené sin leche.

Silencio.

CARLO: ¿Lo prefieres con leche? *(Pausa)* Yo invito.

ANA: No. Déjalo ya. Está perfecto.

Silencio.

ANA: ¿Te explicaron ya cómo es lo de mañana?

CARLO: Sí.

ANA: ¿Quedó todo claro?

CARLO: Sí, creo que sí.

ANA: Si hay algo de lo que no estés seguro, este es el momento para decirlo.

Pausa.

ANA: Todo saldrá bien, Carlo. Sin embargo, aún estás a tiempo de renunciar a todo esto si tienes dudas. Nadie te juzgará por ello.

CARLO: No tengo dudas.

ANA: ¿Sabes ya lo que tienes que hacer, entonces?

CARLO: Perfectamente.
ANA: ¿Alguna pregunta?
CARLO: No; por el momento, no tengo ninguna. *(Pausa)* Ni tendré.
Todo parece bastante sencillo.
ANA: Bueno, en ese caso, si no hay ninguna pregunta...
CARLO: Ah, sí... ¿Podemos usar nombres falsos?
ANA: ¿Cómo dices? ¿En realidad, te llamas Carlo?
CARLO: ¿Qué? ¿Tú no te llamas Ana?

Breve pausa.

ANA: Sí, me llamo Ana. *(Sonríe)* Una pequeña broma. Relájate un poco. Todo saldrá bien. No es tan grave. No lo tomes trágicamente. Incluso, quizá, hasta resulta divertido.
CARLO: Sí, quién sabe y a lo mejor hasta resulta divertido. *(Breve pausa)* Ojalá.
ANA: Confía en mí, Carlo.

Silencio.

ANA: ¿Cómo dijiste que se llamaba lo que estabas bebiendo?
¿*Blue velvet*?
CARLO: *Black velvet*. Es un cóctel inglés del siglo XIX. Lleva cerveza negra y champagne.
ANA: Suena bien. *(Pausa)* Pero no, no quiero probarlo. *(Pausa)*
Bueno, Carlo, gracias por el zumo de coco con piña sin leche. Te veo, entonces, mañana.

ANA se levanta de la silla. Se miran fijamente. ANA se vuelve y empieza a marcharse. Tras unos pocos pasos, se detiene y gira sobre sí misma. Mira a CARLO.

ANA: El cielo puede esperar.

ANA le guiña el ojo a CARLO. Este sonríe y devuelve el gesto alzando levemente su vaso.

Apagón. Final.